

## EN EL CENTENARIO DE JOVELLANOS

### SU MENSAJE A ARNESTO

De todas las *Montañas de Cantabria* —raíces europeas de lo español— aquellas de Asturias representan un genio rector: caudillal, a través de nuestra historia.

Galicia es la clave política del Finisterre. Santander, el origen de Castilla frente al mar. Vasconia, un secreto poético y religioso. Asturias: el *Principado* —*primum caput*—, cabeza roquiza donde una tradición señorial se viene embalsando periódicamente, quizá desde milenios, para irrumpir, en determinadas crisis históricas de España, sobre el resto del país. Y salvarlo.

Nada menos “revolucionario” que Asturias (si se juzga por “revolución” el instinto separatista, el afán disociador y bajuno, el egoísmo comarcal o social). Es preciso terminar con el falso mito de una Asturias como *soviética* a lo largo de los siglos. No hay zona hispánica más resueltamente anti-oriental (hoy diríamos anti-roja) que Asturias. El prestigio de Asturias en el obrerismo es de un orden más profundo y social de lo que cree el comunista. Desestímense los rasgos hoscos y bárbaros que se dan como distintivos de lo asturiano. Aunque existan: siquiera para contrastar los otros nobles y creadores.

Frente a la suposición de que el *Nombre* de Asturias sea *autóctono*, “ibéricamente greñudo”, nosotros sostenemos que esa toponimia es europea, archieuropea, encontrándola en Roma, en Norica, en el Cáucaso, en las culturas célticas.

Frente a la opinión vaga de que el *Paisaje* determinante de Asturias lo constituya el *valle* —como entidad autóctona— nos otros afirmamos que la esencia geopolítica de tal paisaje es la *Cima*, el castillo roquero, natural, vigilante. Alerta. Unificador.

Frente a las esencias de que la Raza asturiana pertenezca al mundo telúrico e infernal del *minero*, del *corito*, del *guanino* o del *capsense*, nosotros aseguramos que desde el clactoniense,

en el paleolítico inferior, existió siempre allí una raza clara y exquisita de señorío regio.

Frente a los que estiman que la *Historia* asturiense es de esporádico esplendor, en breves momentos de España, nosotros insistimos decididamente en asegurar a Asturias una función reguladora y constante de la Unidad hispánica. Y frente a los que pensaban en un *Destino* proletario y secesionista, nosotros hemos proclamado ser lo astúrico una inmortal cantera de valores heroicos y fundacionales. No es inenester recordaros la *Cultura del Bronce* en el siglo XII a. de C. Ni a *Don Pelayo* en el siglo VIII. Ni a la mística del *Hidalgo* a lo largo del *Medievo* y del *Renacimiento* en España.

Basta con tomar el siglo más difícil, confuso y desolador de la historia nuestra —el XVIII— y mostrar una sola figura demostrativa por sí sola de todas las afirmaciones anteriores: la figura de JOVELLANOS. Hoy, a la luz de su centenario.

### *Pretensión ingenua.*

Mucho se ha comentado a Jovellanos. Es uno de los autores españoles con más obstinada bibliografía. Como si la erudición quisiera, afanosamente, a fuerza de datos y repasos, desvelar un resistente secreto de esa figura tan magna como contradictoria en nuestro Setecientos.

Sería inútil, por mi parte, querer rivalizar, en pesquisas jovellanistas, con las de Cean Bermúdez, Cañellas, el fidedigno Somoza, o Adellac... Tampoco se me ocurriría contender en datos pedagógicos, políticos o poéticos con Bareño, Morel-Fatio, Santullano, Camacho, Cueto, Torres-Róseco... Ni perseguir un estudio de su perfil al modo que lo hicieran Sempere Guarinos, Quintana, Menéndez Pelayo, Artiñano, Juderías, Del Río... Y en estos días Casariego y Bonet.

Si yo me acerco ahora a Jovellanos --aparte de servirme como comprueba a mis afirmaciones sobre Asturias--, es con una pretensión bien ingenua, casi personal: saber lo que el gran don Melchor quiso decir con una serie de composiciones que yo llamaré su "Mensaje a Arnesto".

*¿Quién era Ernesto?*

Cada cual vive de su fantasía, y la mía me ha hecho sentirme aludido con ese mensaje a un *Ernesto*, aunque ese Ernesto no sea yo. Pero pudiera haberlo sido en cuanto que, además —y basta—, soy *español* y de un *tiempo* (el presente) con singular posibilidad para entender ese mensaje jovellanista como en ninguna otra época anterior.

Con ese *Mensaje* es la primera vez que el nombre de “Ernesto” o “Arnesto” aparece solemnemente en la literatura española, como una golondrina nunciativa del romanticismo.

*Ernesto* era un nombre germánico y medieval: Ernst —“hombre de pro, serio, hidalgo”. (De ahí el juego de palabras que hizo Oscar Wilde en su comedia *La importancia de llamarse Ernesto* —es decir, de “ser importante”—) (*Of Being Earnest*, 1895).

El santoral registra este nombre, cristianizado en un santo benedictino del siglo XII, el santo abad Ernesto de Zwiefalten, muerto el 7 de noviembre de 1148.

Pero este nombre fué —más que de santos— de guerreros y aristarcas. En el siglo XI hubo ya un héroe legendario con ese apelativo. Y a partir de entonces hasta hoy está lleno el *Gotha* de Ernestos: reyes, príncipes, duques, condes, margraves y landsgraves... (Casas de Austria, Baviera, Brunswick, Hannover, Sajonia, Coburgo...).

El “Arnesto” de Jovellanos no pertenecía a ninguna de estas Casas. Era un simpático marino andaluz. Y, además, de marino, historiador, poeta y solterón. Se llamaba don José de Vargas Ponce, nacido en 1760 y muerto en 1821.

Quien, para sus singladuras académicas, eligió el llamarse unas veces “Poncio” y otras “Arnesto”. Siguiendo la costumbre neoclásica de poner peluca impersonal —el seudónimo— a la característica tan personificada como el verónimo o nombre propio.

La mayoría de estos neo-renacentistas Ilustrados buscaron sus pelucas poéticas en la guardarropía greco-latina —como en el Cuatrocientos y Quinientos las buscaran los poetas renacentistas de Italia, España, Francia, Inglaterra (Petrarca, Garcilaso, Ronsard, Spencer...)—.

Así, en el XVIII, "Jovino" o "Fabio" fué el propio Jovellanos; "Batilo", Meléndez Valdés; "Delio", Fray Diego González; "Polifemo", Forner; "Dalniro", Cadalso; "Marco", Moratin; "Antioro", García de la Huerta; "Anfriso", Mariano Colón...

Por eso resulta extraño y desviado de tal corriente neo-virgiliana el seudónimo germanizante de "Arnesto"... Como un pre-nuncio romántico... ¿Iligió Jovellanos —ese amigo ideal de "Arnesto"— para una intención específica y vaticinadora en su *Mensaje*?

Tal *Mensaje* está contenido en cinco composiciones: una epístola, dos sátiras y dos odas. Con ellas, y auxiliándome en ocasiones de referencias ideológicas cercanas, en otras composiciones, expondremos este Mensaje.

### *La poesía del Mensaje.*

Y aquí viene una cuestión previa que se la han propuesto y a medias respondido muchos jovellanistas. ¿Fué ante todo un poeta don Gaspar, Melchor y Baltasar de Jovellanos, nacido el día de Reyes, 5 de enero, en el Gijón de 1744?

Jovellanos mismo se niega capacidad al afirmar que siempre había mirado la parte lírica "como poco digna de un hombre serio, especialmente cuando no tiene más objeto que el amor".

Pero Meléndez Pelayo, con su instinto certero, vió que Jovellanos, a pesar de sí mismo, fué en "dos o tres ocasiones" "gran poeta". Cuando la fuente inspiradora de tal poesía era moral, "el escándalo o la injusticia". Pues Jovellanos "amaba más la Verdad que la Belleza". Esa ocasionalidad poética de Jovellanos se reveló —esencialmente— en su *Mensaje a Arnesto*. Síntesis, para mí, de toda la obra jovellanista.

Jovellanos no tenía alma lírica —contra la aserción de Meléndez Pelayo—. Pero sí corazón épico, como genuino astur. Y este *epos* heroico unas veces lo expresó en prosa, pocas en verso y siempre moralmente con su noble conducta vital.

La poesía de su *Mensaje a Arnesto* hay que considerarla, por tanto, en dos aspectos: uno, formal, retórico. Y otro como verdadera poesía: como creación, vaticinio, epopeya.

*Los formales antecedentes poéticos de Jovellanos.*

Jovellanos — retóricamente considerado como poeta— queda encuadrado en el grupo de *reacción neo-clasicista* contra el *barroco gongorino* — grupo que germinado ya como tendencia a fines del xvii triunfó plenamente en el xviii—.

Ya en el xvii un haz de “angustiados” quiso combatir el *oscurecimiento gongorino*, presintiendo que había de conducir, a pesar de sus hiperbólicas pretensiones “culteranas” o “clasicistas” — y justamente por “hiperbólicas”— a la noche romántica, desmesurada, libertaria: “revolucionaria”.

El *montañés* Quevedo fué uno de estos angustiados paladines antiandaluces, antimetaforistas, antigongorinos.

Los *aragoneses* Argensolas, también. Villegas, el *riojano*, fué otro. Y un príncipe, Esquilache. Y Rebolledo, el fino diplomático de Las Selvas Dánicas... Pero a fuerza de combatir al culteranismo — como sucede a ciertos bacteriólogos con las bacterias— estos higienistas del idioma se inocularon ellos mismos del virus gongorino, a pesar de aplicarse remedios como lavar su verso en reediciones de Garcilaso, de Santa Teresa, de Fray Luis: en las fuentes más puras, desinfectas y claras del castellano. Inútil. El gongorismo perduró endémico hasta bien entrado el siglo xviii, aunque ya a través de insignificantes caldos de cultivo en León y Mansilla, Lobo, Porcel, Torrepalma... La vuelta a la “clasicidad”, la batalla por la “diafanidad marmórea” del verso se ganó al fin hacia mediados del xviii por los secuaces... ¿de qué? ¿de quiénes? Aquí estuvo el equívoco.

En el siglo xviii se confirmó la tarea purificadora y profiláctica de proponer como vacuna la “edición ejemplar”. El verso *Francisco de la Torre* fué editado en 1753 por el erudito Joseph Velázquez. *Garcilaso*, en 1765, por Azara. *Fray Luis*, en 1761, por Mayans... Y en “escuela retórica” de Garcilaso y Fray Luis — de lo toledano y salmantino— compusieron sus odas, églogas, elegías, sonetos, idilios, Meléndez Valdés, Cadalso, Iglesias, Forner... y Jovellanos.

Pero todos estos poetas — llamados de la *Escuela Salmantina* o *frayluisiana*, es decir, *garcilacesca* en el fondo— ¿siguieron en sus poesías, efectivamente, a Fray Luis y a Garcilaso? (O sea

—en último término— al genio del *Renacimiento italiano* que informara a los dos máximos poetas de España en la Edad de Oro, a Fray Luis y Garcilaso?)

Basta consultar al propio Jovellanos para darnos cuenta de la profunda desviación *genial* que se había verificado subrepticamente en la poesía española y, por tanto, en el destino mismo de España.

Italia - la Italia incitadora y mágica de nuestros *clásicos* y *humanistas*, la de Nebrija, Celestina, Cervantes, Garcilaso, Fray Luis, Epístola a Fabio, Hurtado de Mendoza, Ercilla, Malara, Herrera... habíase alejado para dejar paso ... —siglo XVIII— a las pelucas de Versalles y a los alógenos dictámenes de Mr. Boileau. Es natural que el resultado fuera, en la política de España, en vez de un *Carlos V...* un Felipe V. En vez de un *Garcilaso...* un Meléndez Valdés. Y en vez de una nueva "clasicidad", un "neo-clasicismo a la francesa". Pero escuchemos este drama hispánico, del *extravío en la inspiración genuina*, al propio Jovellanos:

La fuga de la Ninfa (la inspiración)  
 irrita mi deseo.  
 La sigo a todas partes.  
 La busco entre los *griegos*.  
 Y sólo hallé sus huellas  
 (que ya al *latino* pueblo  
 del ático pasaron).  
 Corrí el *país* (Italia) que un tiempo  
 fué trono de las Musas.  
 Y ya sobre su suelo  
 de sangre, de despojos,  
 y ruinas mil, cubierto  
 la Ninfa no habitaba...  
 Desde uno al otro extremo  
 crucé la *sabia Europa...*  
 ¡Y al fin la hallé en los pueblos (Francia. ¿Inglaterra?)  
 a que uno y otro *margin*  
 del *Sena* dan asiento.  
 ¡Oh cuántos ricos dones  
 a sus *influjos* debo!

¿Qué *ricos dones* le trajeron esos *influjos* del Sena? Ya veremos cómo toda la vida y obra de Jovellanos consistió en irse *re-genuinizando* y *re-castando*, acogiéndose a la *tradicción hispá-*

nica, interrumpida por el parón dogmático de la Contrarreforma. Al par que se iba desprendiendo y descastando del Sena, que le traería en forma enciclopédica y total sobre su cabeza... a Napoleón. Huyendo del cual murió Jovellanos una noche de noviembre de 1811, agarrado a su roca asturiana, como a una España inmortal.

*El "resistente secreto" poético de Jovellanos.*

Y aquí nos acercamos al "resistente secreto" que los eruditos jovellanistas han intentado desvelar una y otra vez, balanceándose en la alternancia de preguntar si Jovellanos era "tradicionalista" o "revolucionario", "católico" o "masón". Mientras no se vea el fenómeno histórico del barroco y de la Contrarreforma en el XVII como un *parón* o *trauma* a lo iniciado por el Renacimiento español del XV al XVI no tendrá explicación alguna Jovellanos... ni toda la historia española a partir del siglo XVIII.

¿Quién no se pregunta una y otra vez el porqué España —a la cabeza de investigadores, navegantes, conquistadores y poetas hasta finales del XVI y primeros del XVII, de pronto enmudece, languidece, renuncia, como en esas epidemias tropicales del *beriberi* o del *paludismo*, y prepara la España mortecina, inerte, abúlca que iba a encontrar y describir Jovellanos en su *Mensaje a Arnesto*?

Contra lo que se cree, no tuvo culpa de este trauma vital —como se ha dicho— la Compañía de Jesús. Al contrario, en mi opinión, fué la única Orden monástica que procuró, hasta casi el martirio, salvar los métodos humanistas e itálicos de la cultura española. Pero, sea lo que fuere, el caso es que Jovellanos, nacido en 1744 y dispuesto a continuar en religión a Teresa o Ignacio (estuvo a punto de ser sacerdote), en poesía a Garcilaso, en Filosofía a Vives o Fox Morcillo, en política a Mariana, en economía, náutica, matemáticas a todos los preclaros genios españoles del XVI... se encuentra que España está en manos de nadie. De esos fantasmas, de esas plagas, que describe patéticamente en su *Mensaje a Arnesto*. Y entonces —como cuando buscaba su Musa inspiradora—, tras recorrer con angustiosos ojos el horizonte, tiene que acudir perentoriamente adonde se

ha refugiado en "aquel momento" la "lumbre europea" (la "centella" de que hablaba en el xv nuestro Pérez de Guzmán, la "scintilla" del místico Eckhardt o San Juan de la Cruz).

Jovellanos pide refuerzos donde los encuentra —¿ en ambas orillas del Sena?—. Porque lo primero era despertar a España y salvarla. Hacerla reanudar el camino perdido. Reconducirla, si era posible, a nuevas Edades de Oro — otra vez a plenitudes— en su vida histórica... (Aunque al final, el nuevo medio elegido por Jovellanos y los dieciochistas españoles resultara más catastrófico que el del barroquismo contrarreformista... Tan catastrófico que abocaría a la mismísima revolución.)

Pero tal consecuencia *a posteriori* no quita a Jovellanos su grandeza heroica de salvador, de semi dios o *Jove* astur, que baja un día desde la alta roca asturiana —otra vez primer castillo de una reconquista económica y científica— a la yerta España con el ascua de su *carbón* natal; baja como un nuevo Prometeo, tras haber robado la "luz", el "fuego" a aquellas potencias que habrían de condenarle al fin, como a todo héroe auténtico, a roerse las entrañas con el buitre de la desesperación. Desesperación temperada en el caso de Jovellanos por su honda fe cristiana.

Y ahora, veamos este boceto lineal del drama de Jovellanos en los gritos épicos y angustiosos de su *Mensaje a Arnesto*.

### *El Paraíso perdido.*

Lo primero que encontró Jovellanos al mirar cara a cara la realidad española fué la dureza y miseria de esta realidad. En la sinfonía beethoveniana de su *Mensaje* hay un primer *tempo* de evocaciones melancólicas. *¿Ubi sunt?*, ¿do están las glorias de antaño? Nota elegíaca apuntada grácilmente por Santillana y Manrique en el xv; modulada en homenaje a Horacio, siglo xvi, por Garcilaso, Fray Luis, luego Epístola a Fabio; intensificada ya angustiosamente por la *Poesía en ruinas*, en el xvii (Caro, Quevedo, Mesa, Aldana); y, ahora, estallante en sollozos y gritos desesperados, siglo xviii.

*Huyó el pudor a vivir a las cabañas —con él  
huyeron los dichosos días... Huyó aquel siglo...*

Ya no hay Edad de Oro para España. Ya no hay varones capaces de rehacerla:

¿Adónde está el forzado brazo de Villandrando?  
 ¿Dó el Argüello o de Paredes los robustos hombros?  
 ¿El pesado morrión, la penachuda y alta cimera?  
 Los nombres venerandos de Lasos, Tellos, Haros y Girones  
 ¿qué se hicieron?  
 No existe, Arnesto, ya ni remembranzas  
 de los claros varones  
 que al frente de ibéricas legiones  
 llevaron el terror y la matanza  
 de la una a la otra zona...

Jovellanos evoca la gesta de Sagunto, las proezas de Hernán Cortés:

Sí, Arnesto, dispíose cual espuma  
 el tiempo bienhadado  
 en que el valor de España vió asombrado  
 el Lacio Imperio — el Moro— y Moctezuma.  
 ¡Hubo, Arnesto, hubo día  
 en que la Patria tuvo nombradía!

Era ese día en que el arte y su literatura no estaban en manos de los Churriguerras, Barbas, Tomés, Riberas, Barnuevos, Riccis, Matos Fragosos, León y Mansilla, sino en poder de los Sagredos, Berrugetes, Covarrubias, Velázquez, Fray Luises, Cervantes... A Jovellanos le ha tocado vivir "este triste presente".

### *El triste presente.*

¡Déjame, Arnesto, déjame que llore  
 los fieros males de la Patria mía  
 que su ruina y perdición lamente!  
 ¡Que levante el grito contra el *desorden!*  
 ¡Oh infamia! ¡Oh siglo! ¡Oh corrupción!

¿En qué consiste esa corrupción? Por ejemplo: "Cuesta un sombrerillo lo que antes un Estado." "Apenas de hombre la forma existe..."

España, "hoy llorosa y abatida— de todos despreciada", ve

sólo triunfar el *miedo*, la *pobresa* y la *peresa*. La religión, "ajada, escarnecida". "El adulterio" por doquiera. Y la "fiebre del oro ultramarino".

Jovellanos ve a Castilla, sí, con "horizontes más abiertos" que los de su montaña astur. "Pero más ajenos de conhorie" o consuelo. Más abiertos, pero "pobres, incultos, rasos y desiertos". Jovellanos ve un paisaje español sin árboles, sin cultivo o cultura:

De árboles no hay que hablar,  
esto es un coco  
que asusta al propietario y al labriego.  
Y a quien los planta le apellidan loco.

Y con versos que preludian los de Antonio Machado, lírico jovellanista del Novecientos, exclama:

Campos sin árbol, seto ni edificio,  
plagados de amapola y jaramago.  
Y agua y bueyes y brazos sin oficio.

España ha quedado como en tiempo de los moros, dice Jovellanos, como cuando su antecesor Don Pelayo hubo de refugiarse en Asturias. Y al igual de los campos: los hombres y los pueblos:

Hombres tristes, de oscuro y sucio porte.  
Casas de barro, calles de inmundicia.  
Pueblos, en fin, sin dicha ni deporte.

Las ciudades, como Burgos: "¡Oh Burgos, derrotada! Pereza e ignorancia."

Los caminos: "Malas posadas y bendita gente sufriendo soles, lluvias y pedriscos."

"Los talleres desiertos", "del arado arrumbado el oficio", "el saber sin estima, en torno el vicio". ¡España! ¡España! Presente triste:

España, flaca y amarilla,  
el ropaje rugado,  
destrenzado el cabello... Y, a su lado,  
postrados los leones de Castilla,  
alza sus manos bellas  
a los cielos, de bronce a sus querellas.

... *Las causas de esta triste España.*

Jovellanos —hombre del XVIII—, criticista e inductivo, no se limita a constatar esas “tristes realidades españolas”. Quiere averiguar sus causas. La etiología de ese mal. Y encuentra la bacteria morbosa en las *clases dirigentes* y, por contagio, en el *pueblo* mismo.

Ante todo, en el *Rey*, el trágico Carlos IV. Alude a cómo su mujer la Reina y su amante Godoy llegan de la mano

hasta la alcoba donde a pierna suelta  
ronca el cornudo y sueña que es dichoso.

Después, la *Reina*, María Luisa:

Alcinda baja vestida al Prado cual pudiera  
una maja con trueno y rascamofio,  
Alta la ropa, erguida la caramba,  
cubierta de un cendal más transparente  
que su intención... Triunfa, gasta,  
pasa saltando las eternas noches  
del crudo enero.  
Con débil paso soñoliento y mustio  
yendo aún de Fabio (Godoy) de su mano asida  
hasta la alcoba...

Después, el *Primer Ministro*, Godoy:

A su lado derecho la princesa (su mujer); al izquierdo, en el costado, la Pepita Tudó (su otra amante). Este espectáculo acabó mi desconsuelo. Mi alma no puede sufrirle. Ni comí, ni hablé, ni pude sosegar mi espíritu.

Después, los otros *Ministros* (a quienes acusa en una carta al general Sebastiani): “Yo no sigo un partido, sigo la santa y justa causa que sostiene mi patria.” Y en la “Memoria en defensa de la Junta Central” señala los nombres: “Cabarrús, Ofarril, Urquijo, Morla, Arribas, Marquina...”.

Después, los *Nobles*:

¡Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas  
de pardomonte envuelto con patillas  
de tres pulgadas afecado el rostro,  
magro, pálido y sucio, que al arrimo  
de la esquina de enfrente nos acecha  
con aire sesgo y baladí...?  
Pues es: "un nono nieto del Rey chico".

Lleva faja, guadijeño, bandurria, como un majo cualquiera.  
Sus blasones, en el portón de su palacio, olvidados. El árbol  
genealógico "altumado y roto".

Sus dedos y sus labios  
del humo del cigarro encallecidos.

Nunca

pasó del *be* a *ba*. Nunca sus viajes  
más allá de Getafe se extendieron.  
Fué antaño allá por ver unos novillos  
junto con Paco Trigo y la Caramba.  
Becode por demás...  
Examínale, ¡oh, idiota!, nada sabe.  
Su ciencia... "debiósele a cocheros y lacayos,  
dueñas, fregonas, truhanes y otros bichos".  
Píde y perdiosca el noble, engaña,  
empeña, malbarata, quiebra y perece  
y el logrero goza los pingües beneficios  
premio un día del generoso afán de altos abuelos.  
¿Es ésta la nobleza de Castilla?  
¿Es éste el brazo, un día tan temido,  
en quien libraba el castellano pueblo  
su libertad? ¡Oh vilipendio, oh siglo!

Después, el *clero*. Causa que toca con gran cautela y respeto.  
Pero implacable en el "Informe de la Ley agraria" y en alguna  
sátira un tanto jansenista y volteriana del "Delincuente honrado"  
(p. e.: "ronca como un prior"). Frente al *dómine*, la figura cons-  
tantemente exaltada es la del "filósofo", heredero del "huma-  
nista", precursor del "culturalista" actual...

Después, las *Leyes*: "cierran a toda industria los canales".

¡Bórralas de una vez! Y la cabeza  
verás sacar al laborioso ingenio  
y aliarse con la gran Naturaleza.

Y al fin el pobre *pueblo*, abandonado por sus clases dirigentes a la "ignorancia y la pereza".

*La salvación de España.*

Jovellanos no sólo constata la realidad española, no sólo investiga las causas de su miseria presente, sino que, como genial astur, como un nuevo Don Pelayo "ilustrado y dieciochesco", se decide a irrumpir desde su *Covadonga* gijonesa (el *Instituto asturiano* por él creado), contra las huestes infernales que esclavizan a España.

Los remedios que señala Jovellanos tienen dos etapas. Una, *racionalista y científica* (neo-clásica). Pero, fracasada ésta, no ve otra solución que la *violenta y romántica*: el barreno en la mina. ¡La revolución inaplazable!

\* \* \*

Examinemos su primer plan "racional, evolutivo, ilustrado". El remedio: es la "virtud". He ahí la terapéutica del siglo. Entendiendo por *virtud* aquella humana fuerza "natural" o de dignidad del hombre, exaltada por el estoicismo antiguo y opuesta desde el Renacimiento al privilegio de abolengo o nacimiento. La *virtud* capaz por sí sola de restaurar toda estirpe corrompida.

"El vicio ha infeccionado el germen de la vida envenenando la actual generación."

"¿De qué sirve a la clase ilustre una alta descendencia sin la virtud?"

En este sentido "virtual" Jovellanos despliega toda la energía redentora de su obra como juriconsulto, dramaturgo, ministro, economista, filólogo. Reune datos, estudios, proyectos, memorias, informes, como un caudillo haces de combate. Así, su estudio sobre *Legislación, historia y antigüedades*, el otro sobre *Las leyes visigodas*. Su *Memoria sobre la policía de espectáculos y diversiones públicas*. Su *Elogio de las bellas artes*. El *Elogio a Carlos III*. Las dos *Representaciones a Carlos IV*. La *Memoria sobre educación pública*. El *Dictamen acerca del proyecto de un Banco nacional*. El *Informe sobre fomento de la marina mer-*

*cante. Nuevo método para la hilanza de la seda. Discurso para el establecimiento de una Compañía de seguros. Informe sobre las explotaciones en Asturias de minas de carbón de piedra. El Informe sobre la Ley agraria. La Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias. Su comedia sentimental y virtuosa sobre El delincuente honrado. Su drama de virtud guerrera Pelayo, sus Cartas y Diarios...*

Pues bien, toda esa fuerza polémica, todo ese ejército de argumentaciones razonadoras, tiene un momento Jovellanos que las condensa y cifra en un breve plan poemático a los riojanos sobre la cultura de su tierra española:

¡Divididla, cercadla! Y los no arados campos  
llenad de activos moradores.  
¡Más propietarios, más *cultivadores!*  
¡Menos ociosos, menos jornaleros,  
menos pobres... En fin: menos señores,  
menos leyes y plumas y mauleros  
de rapiña y error. ¡Y hasta Sofía (el templo de la cultura)  
más seguros y francos los senderos!

Y como método para alcanzar este plan racional de salvación española: "La experiencia" —sistema inductivo y baconiano—. "Leyes y costumbres, con firme y fiel balanza comparando." Porque "Sabiduría y Virtud son dos hermanas."

"¡*Perfecciona tu ser y serás sabio!* —dice al hombre español adormecido y degenerado—. ¡Ilustra tu RAZÓN para que se alce a la Verdad Eterna!"

\* \* \*

Pero este plan experimental, evolutivo y racional, fracasa. España no se redime. Es inútil que él —como nuevo Jove descendido del Olimpo astur— porte en su mano el fuego sacro del carbón de piedra de sus montañas, la auténtica *pedra* del progreso, más filosófica que la del oro. El carbón, que ha de fraguar materiales de viviendas modernas, ¡no el troglodítico adobe de Castilla! El carbón que ha de fraguar industrias que liberen el país de la servidumbre extranjera. El carbón para los barcos que rediman nuestras comunicaciones con el Imperio. El carbón que

dé lumbre y pan a los hogares. El carbón que conceda --con su fuerza-- caminos a España, solidaridad entre sus habitantes, unificación nacional. Desde su Covadonga gijonesa --su *Instituto Asturiano*-- Jovellanos da consignas, organiza batallas... El mismo marcha a veces a pie apoyado en su bastón, metido en su casaca, tricornio, medias y zapatos de hebilla. Perfil estatuario, como un Goethe gijonés. A herborizar, a estudiar insectos, a analizar minas, a amacstrar sus alumnos en la medición de tierras o en la práctica matemática de la navegación y la cartografía. Otras veces monta en su cuártago, con alforjas provistas y buen vino, y parte denodado --nuevo Cid montañés-- a la conquista (económica) del país:

“Quiero ver el gran mundo abierto y lido  
cual le supo adornar la industria humana.”  
“¡Escudriñar!...”  
“Hallar sereno y esplendente el día.”  
¡Cantar la luz y el sol!

Y al volver a su Cuartel general, “a los paternos riscos”, tras esforzadas marchas creadoras, gusta “caer de los altos vericuetos” a “este emporio de peces y mariscos” donde (al fin sensual y dieciochesco) “me harto de sueño, frutas y pescados”.

\* \* \*

La envidia y el rencor --Némesis terrible de los pueblos de-pauperados-- se revuelven contra este héroe. Le asaltan con denuncias inquisitoriales la Covadonga de su Instituto. Se le destierra. Se le persigue. Se le intenta envenenar. Se le calumnia. Se le despoja de bienes e ilusiones... Sus musas del Sena --a quien tantos dones debía-- le envían, en fin, las consecuencias de Rousseau y de Montesquieu hechas: Napoleón, hechas fusilamientos de patriotas españoles, saqueos de hogares, destrucción de monumentos, robos de tesoros nacionales, invasión de provincias, asalto a su Asturias... Los mejores amigos le abandonan. Y traicionan, como afrancesados, a la patria en peligro. Los Reyes han huído medrosos y vendidos. Godoy es un juguete en manos de Bonaparte... Jovellanos, al salir de su prisión balear, descansa en Jadraque un momento con un amigo fiel, y Goya.

aprovecha el doloroso instante para pintarle, pensativo, viejo, angustiado, preguntando en silencio: *¿qué es España? ¿qué salvación puede ya tener España?*

Y esta es la segunda etapa — romántica y atroz — de este hombre marmóreo, sereno y noble que fué Jovellanos. Ese es el instante en que un fuego genial apenas hasta entonces contenido, le hace esbozar un plan profético que luego plasmarían en forma materialista, vulgar y subversiva, nada menos que Marx y Engels. Jovellanos ha llegado en “los postrimeros fastos de su historia” a sólo ver “falsía, guerras, hambre, peste, llanto continuado”. Etapa del *Sturm und Drang* del Goethe gijonés. Ya no puede cantar al sol, sino a la luna, a la noche. Y hasta empieza a encontrar belleza en el arte gótico y medieval. En las lágrimas. ¡Y en la imprecación al Destino! No hay solución pacífica para España. “Falto el apoyo de las leyes — ¡todo se precipita.”

Y como un Don Pelayo desesperado exclama: “¡sin Caudillo las tropas! ¿Tornan, señor, los tiempos de Don Opas? Pues bien: “¡Vuelve, oh fiero berberisco!”

Y este domeñador hasta entonces del vulgo y la canalla, desde su castillo roquero y olímpico de Asturias no vacila ya en romper los diques e invocar la *revolución de las masas*:

“El más humilde cieno ya fermenta” (la plebe, las masas), “¿qué importa?”. “¡Venga denodada la humilde plebe en irrupción!” “¡Y *usurpe* lustre, nobleza, títulos, honores!” “¡No hay clases ni estados.” “¡Sin la virtud todo acabe y se confunda!”

El demonio plutónico de sus más recónditas entrañas asturianas surge como los arcángeles terribles del *Paraíso perdido* de Milton, que él tradujera vaticinadoramente.

Y en esta embriaguez profética Jovellanos esboza su plan humanitario y mundial de una idílica Edad de Oro: el eterno sueño de todo Humanismo, de todo ideal immanente o felicidad sobre la tierra: “¿No vendrá el día en que la humana estirpe de tanto duelo y lágrimas cansada, en santa paz en mutua comprensión fraterna viva tranquila?”

“¿No vendrá el día en que la adusta guerra tengan en odio y ¡bárbaro! apelliden y enemigo común al que atizare de nuevo su furor y le persigan y con horror le lancen de su seno?”

¡Oh *sociedad*, oh *leyes*! Oh crueles nombres  
 engañosos para el hombre, sólo guerra y susto.  
 Pero vendrá aquel día, ¡vendrá!  
 a *iluminar* la tierra, y los cuidados  
 mortales a consolar.  
 El fatal nombre  
 de *Propiedad* --primero detestado--  
 será por fin ¡*desconocido*! (¡Infame!)  
 Funesto nombre, fuente y sólo causa  
 de tanto mal. Tú sólo desterraste  
 con la concordia de los siglos de oro  
 sus inocentes y serenos días.  
 ¡Volverá la "alma verdad"  
 contra las "torres del error" vibrando  
 y su asquerosa hueste, negra hipocresía...  
 ¡Nueva generación desde aquel punto  
 la tierra cubrirá y entrambos mares!  
 Al *franco*, al negro *etíope*, al *britano*  
 ¡hermanos! llamará. Y el industrioso *chino*  
 dará sin dolo ni intereses  
 al transido *lapón* sus ricos dones.  
 ¡Un solo *pueblo* entonces: una sola  
 y gran *familia*, unida por un solo  
*común idioma*, habitará contenta  
 los "indivisos" términos del mundo!  
 TODO SERÁ COMÚN: que ni la tierra  
 con su sudor ablandará el colono  
 para un ingrato y orgulloso dueño.  
 ¡TODO SERÁ COMÚN! Será el *Trabajo*  
 pensión sagrada para todos..  
 Todos su dulce fruto partirán contentos.  
 Una *Razón* común, un solo mutuo *Amor*.  
 Una sola *Moral*, un *Culto* solo, un solo *Himno*  
 al Autor de Todo.

Jovellanos se ha arrancado la peluca dieciochesca —como le  
 recomendara Aranda— y ha dejado flotando al aire su román-  
 tica cabellera rúbea, ya encanecida. Ha roto el canon. La medida.  
 El orden. El siglo XVIII.

*La figura de Jovellanos, en silueta, sobre el fondo español.*

En esa profecía Jovellanos traspasa un umbral: el de su  
 época --generadora de la *burguesía*--, y de la que es Caudillo

en España. Para apuntar a la época más lejana, la del triunfo de lo *social*. Nuestros días mismos. Pero eso fué sólo un destello de su genio avizor y roquero, de su posición altanera y olímpica sobre la montaña astur. La línea ideal de Jovellanos debe circunscribirse a su estricto y justo límite, sin que por ello decrezca en magnitud y significación.

\* \* \*

Volvamos a reiterar lo dicho, sólo que de otra manera. Jovellanos es el continuador, en el siglo XVIII, del *humanismo* renacentista - sofocado y traumatizado por la dura reacción medicalizante, dogmática, contrarreformista y barroca del XVII—.

Jovellanos es la reaparición del *Humanista cristiano*, de Vives, que en lugar de salir —tras el corte del camino— a la dirección *romano-española* iniciada del siglo XV al XVI, desemboca a un improvisado bivio que lleva a *París y Londres*, con el nombre de "Ilustración". Ya no puede ser un *humanista*, sino un *ilustrado*. Ya no correrá el peligro de Erasmo, sino el de Voltaire. En ese lapso de tiempo (el XVII, que España dejó de asomarse a Europa —para combatir y reespañolizar doctrinas, tras el esfuerzo de Trento y la Metafísica de Suárez—) habían surgido por Europa terribles amenazas para el sistema católico hispano-romano. En Francia, Descartes, que con la piqueta de su duda metódica, comenzó la demolición del edificio teológico. En Holanda, Spinoza, el judío cuya familia se expulsara un día de la cristiana Península, trazó un sistema panteísta y racional que acabaría de minar el esfuerzo religioso y heroico del Imperio espiritual de España. En Alemania, Leibniz, urdió una Monadología para sustituir la Verdad revelada. En Inglaterra, Bacon, Locke, Berkeley, Hume, no aceptan más verdades que las experimentales. Y preparan la eclosión romántica del Yo absoluto en el Idealismo alemán de Kant y Fichte.

Es cierto que todos los temas ideológicos abordados por Jovellanos tienen un antecedente histórico en España. Por eso es un "continuador", un "tradicionalista" en el más profundo sentido de la palabra.

Por ejemplo, su criticismo social se encuentra ya en el siglo XV con las coplas de Mingo Revulgo. En el siglo XVI Garcil-

laso, Fray Luis, la Epístola a Fabio, tienen premisas estoicas y exaltaciones de la *virtud* y la *paz* y la *áurea medianía* frente a la guerra, la injusticia y el ansia de poderío.

En Cervantes está en germen ese elogio de la Edad Común o de Oro en el discurso a los cabreros de Don Quijote.

Argensola tiene sátiras contra la Nobleza —como aquella que empieza “Dícenme, Nuño...”, que es un prelude del *Mensaje a Arneste*—. Así como Quevedo contra la tiranía de privados en su “No más callar por más que con el dedo...” Y Mariana contra la injusta Monarquía. Y en el propio siglo XVIII español existen ataques castizos contra la degeneración de las clases nobiliarias y dirigentes.

Unos sonetos anónimos (¿de Pellicer y Velasco?), por 1733, decían:

Leves de cascos, graves de sombrero  
son los que llaman *Grandes* en España.  
Y en todo el mundo grandes majaderos.

.....  
¿Quieres ser gran señor?  
Con los pícaros sé muy cortesano  
y con la gente honrada muy grosero.  
Pide, debe, no pagues, que con esto,  
si no eres gran señor, serás gran trasto.

Clavijo Fajardo, en *El Pensador*, escribió “contra la falta de educación de la Nobleza y su inexistencia” sacando a “Don Macrobio”, el señorito inútil.

El vejamen del majismo, de la chulería en las altas clases fué tema corriente en Villarroel, Cadalso, Forner. El ansia de ilustración, de asomarse a la sabia Europa, de recobrar el tiempo perdido en anquilosadas universidades españolas, lamentando la tardanza en recibir libros de fuera fué la gran característica de otro montañés grandioso: el Padre Feijóo.

Pero los Pirineos estaban abiertos y esos temas e ideas acudían a Jovellanos desde “allá” más que desde acá. En Italia ya no descubrió Jovellanos a Petrarca, Castiglione, Maquiavelo o Ariosto, sino al milanés Parini, satirizador en *Il giorno* del “señorito”, de la nobleza caída. O a Beccaria, el penalista, humanitario dispensador de los delincuentes *honrados*. Jovellanos ya no aprende con ansia el italiano como nuestros clásicos del Qui-

nientos. Sino el francés y el inglés. Fué el amigo de Lord Holland, el liberal. Y estuvo a punto de salvarle Nelson de su prisión de Bellver.

Sabe ya Jovellanos del sistema inductivo de Bacon. Del estado racional de Hobbes. Del deísmo de Herbert de Cherburg. De la dignidad popular frente al rey exaltada por Locke. Ha leído el *Espritu de las leyes*, de Montesquieu. Tiene un serio disgusto porque su nombre aparece en una edición de Rousseau. Se ha sonreído complaciente con las invectivas de Voltaire. Ha aceptado serios principios de la moral utilitaria y pragmática de los ingleses. Cree en la *Naturaleza* y está a punto de descuidar la *Gracia divina que non tollit ser perficit*.

Jovellanos es un hombre del XVIII. Aunque su estirpe astur le enraiza a la más ilustre casta hidalga de la Montaña —casta mágica y regia—, no por eso se aferra a un privilegio inerte de pergaminos. Toda su aristocracia la pone al servicio de un nuevo ideal creador: el del burgués, el de la *fundación de la era industrial del mundo*. Como en una famosa comedia inglesa coctánea, lleva en el alma al nuevo tipo mercantil de su época que se encara con el viejo y derruido noble. Y le muestra frente al inútil castillo medieval un Banco (el de San Carlos), una industria (la minera). Y frente a la espada herrumbrosa el bastón con puño de oro.

Jovellanos es el nuevo tipo de héroe que da la montaña mágica de Asturias a lo largo de los siglos. Es el *Don Pelayo de la economía*. El caudillo que baja a liberar la perdida España con huestes de ingenieros, geómetras, matemáticos y empresarios. Y en esto estuvo la grandeza y el drama de Jovellanos. En conciliar las “nuevas luces” del siglo con la “luz tradicional del evangelio hispánico”.

\* \* \*

Pero hasta en eso fué español integral. Como un nuevo Vives, supo ser católico y humanista, católico e ilustrado, europeo y patriota. Nadie ataque a don Melchor de Jovellanos por descastado o extranjerizante. Porque su ejemplaridad vital y moral fué casi de mártir.

Nosotros sabemos algo de su tragedia y patetismo, porque

— como al principio apuntamos — Dios nos hizo vivir en coyuntura histórica semejante.

Jovellanos, entusiasta de Europa, de las ideas ilustradas, liberales y burguesas, tuvo que empuñar el arma cuando, esas nobles ideas de su época, quisieron ser impuestas por la fuerza, la tiranía y la invasión.

La postura *consecuente* ante Napoleón fué la del afrancesado, la de los amigos de Jovellanos. ¿Napoleón traía sus ideas? ¡Pues con Napoleón!

Pero Jovellanos —y en eso estuvo el secreto resistente de su genio montañés y católico— supo distinguir “moralmente”... Y no vaciló en pelear contra el usurpador, el violador de la sacra independencia territorial y soberana de España.

“*¡A las armas, valientes astures — empuñadlas con nuevo vigor, — que otra vez el tirano de Europa — el solar de Pelayo insultó!*”

¿Acaso nosotros no tuvimos también las ideas sociales de nuestra época?

La consecuencia hubiera sido irse con el nuevo tirano rojo de Europa, que las quiere imponer con el terror y la fuerza.

Y nosotros supimos también coger el arma de la dignidad nacional y combatir.

¡Es muy hermoso y hondo lo que Jovellanos proclamó en su *Mensaje a Ernesto!*

Permitidme que —no como un Ernesto y un amigo del vate montañés—, sino como simple español de hoy, ¡entero!, haya tratado de buscar en ese *Mensaje*, con claridad de corazón y de entrañas, lo que hasta ahora parecía: el oscuro secreto de Jovellanos.

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO.